

Simón Bolívar

DEL AVILA AL MONTE SACRO

ARMANDO ROJAS
Embajador de Venezuela
en Nicaragua

El juramento en el Monte Sacro, de Roma, el 15 de Agosto de 1805, marca un hito decisivo en la vida de Bolívar. A partir de ese momento desaparece el Bolívar frívolo y disipado para dar paso al Bolívar de la historia. Como un homenaje al Gran Libertador en el 182 Aniversario de su natalicio, REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO se complace en publicar este trabajo del distinguido escritor, Académico y Diplomático venezolano, Doctor Rafael Armando Rojas, actual Embajador de Venezuela en Nicaragua, quien nos relata la primera parte de la existencia del Grande Hombre, que es como un arco tendido entre el Avila de Caracas y el Monte Sacro de Roma. Esperamos poder dar a luz, en otra oportunidad, la segunda parte en la que Bolívar dio cumplimiento a su sagrado juramento de Roma a lo largo de una jornada de fulgurantes triunfos y de tremendos reveses.

El linaje de los Bolívar y Palacios

De linaje y solar conocido en el señorío de Vizcaya, provincia perteneciente a la región vascongada, sita al Norte de España, la familia Bolívar aparece establecida en la Puebla del mismo nombre, cerca de la población de Marquina, desde el siglo X. La Puebla de Bolívar se encuentra enclavada en el propio corazón de los montes Cántabros. Aquella región montañosa y bravía recuerda un poco la naturaleza de nuestros Andes y sus hijos, como todos los montañeses, son gentes reservadas, amantes de la tradición, apegados al culto de su tierra y de sus costumbres. Laboriosos y sanos de cuerpo y de espíritu, los vascos poseen un marcado espíritu nacionalista y cultivan sus viejas tradiciones con singular devoción.

La primitiva casa Bolívar fue destruída en el siglo XI, pero la Torre subsistió hasta fines del siglo XV. En 1542 se construyó en Centro de la Plaza, donde existió la antigua casa, la Casa Bolívar Jáuregui.

Bolívar, en el idioma de los vascos, significa "pradera del molino". En el antiguo escudo de la familia podía verse una piedra de moler, en plata. La familia estaba entroncada con la más rancia estirpe de Cantabria, y disponía de copiosos bienes en la región. Pero la prosperidad de la casa de los viejos señores cántabros parece que sufrió serios reveses a mediados del siglo XVI y Don Simón de Bolívar, el Viejo, decidió probar fortuna, al igual que tantos otros hidalgos españoles empobrecidos, en las recién descubiertas tierras de América. En 1560, lo vemos establecido en Santo Domingo. Lar-

gos años permaneció el viejo Bolívar en la isla. Allí fundó casa e hizo prosperar sus bienes. Cuando el gobernador de Santo Domingo, Osorio, fue trasladado a Caracas, este Don Simón de Bolívar lo acompañó. Esto sucedía en 1587. Con el padre, vino a estas tierras, el hijo, Don Simón Bolívar, el mozo.

En la nueva residencia, el Procurador Don Simón de Bolívar, desempeñó altos cargos y cumplió comisiones de importancia ante la Corte, de parte de su amigo el Gobernador. Gracias a la habilidad y diligencia de Don Simón, el Gobernador de la Provincia obtuvo, entre otras gracias y privilegios, el de nombrar oficiales sin la intromisión de la Audiencia de Santo Domingo.

Osorio poseía un espíritu emprendedor e independiente, y en la tarea de reorganizar la provincia en estado deplorable por la incuria y mala administración de su predecesor, se empeñó en apartar las trabas que la Audiencia podía ponerle a su propósito.

El primer Bolívar nacido en Venezuela, fue el Capitán Antonio de Bolívar, quien desempeñó cargos de importancia durante la colonia, entre otros, el de Corregidor y Justicia Mayor de Turnero, en los valles de Aragua.

La hacienda de San Mateo fue adquirida por la familia Bolívar en 1593. Esta propiedad está íntimamente ligada a la casa de los Bolívar. En este marco verde y agreste de los valles de Aragua, los Bolívar alternaron las labores del campo con las funciones de gobierno y administración de justicia en la jurisdicción de los risueños y apacibles valles. Don Simón de Bolívar y Villegas, Co-

regidor de San Mateo, de Cagua y Justicia Mayor de todos los Valles de Aragua, fundó la Villa de San Luis de Cura.

Las propiedades de San Mateo constituyen la base de la riqueza familiar de los Bolívar.

A lo largo de toda la historia colonial, vemos a los diversos vástagos de la familia ocupar puestos prominentes en el gobierno: podría elaborarse una larga lista de Corregidores, Justicias Mayores, Alcaldes y hasta Gobernadores que llevaban el nombre Bolívar. El arriba mentado Don Juan Bolívar y Villegas, el más ilustre de los abuelos del Libertador, llegó a ocupar el cargo de Capitán General de la Provincia de Venezuela.

Los Bolívar se enroncaron con lo más granado de la aristocracia colonial y el viejo blasón de la familia era considerado como uno de los más ilustres de Caracas.

Por el lado materno, Simón Bolívar, el héroe de nuestra historia, era de origen alavés, y procedía de ilustre linaje de los Barberana. Don Bernabé Palacios y Sojo, desempeñó en Venezuela por los años de 1653 y 1667, respectivamente, los cargos de Tesorero y Contador Real. Este Palacios llegó a nuestro país en compañía de su tío, don Francisco de Sojo, Tesorero de la Real Hacienda. El primer miembro de la familia nacido en Caracas fue don Feliciano de Palacios Sojo. Personaje de gran figuración en su época. Ejerció los cargos de Síndico Procurador del Ayuntamiento de Caracas, Alcalde Ordinario y Regidor Perpetuo. Este fue el padre del Presbítero Pedro de Palacios y Sojo, hermano de don Feliciano de Palacios Sojo, abuelo materno de Bolívar. El Padre Sojo, como es sabido, fue el fundador de la primera Academia de Música de Caracas y también muy versado en este arte. Al Padre Sojo se debe el florecimiento en el arte musical de que fue testigo la ciudad de Caracas durante las últimas décadas del siglo XIX.

De la rama de los Palacios habrá de heredar el futuro Libertador el amor a la música, a la danza y las artes en general así como la profunda sensibilidad de que da muestras en sus cartas, algunas de las cuales nos lo revelan como un romántico apasionado. De la parte paterna le venía el espíritu de empresa, la constancia en llevar a cabo sus propósitos y la firmeza en sus deliberaciones: virtudes todas características de la raza vasca.

Nace un niño con destino

Las familias de los Bolívar y de los Palacios se unieron, por los vínculos de la sangre, mediante el matrimonio de don Juan Vicente Bolívar y de Doña María Concepción Palacios. La pareja era muy dispar en cuan-

to a edad: él tenía cuarenta y seis años, ella, apenas quince. Del matrimonio nacieron cuatro hijos: dos varones: Juan Vicente y Simón, y dos hijas, María Antonia y Juana. El hijo menor del matrimonio vio la luz en Caracas, el 24 de Julio de 1783, en la casa de la esquina de San Jacinto, propiedad que la familia poseía por herencia de la abuela paterna de Simón Bolívar, María Petronila de Ponte y Marín de Narváez.

La Caracas de la segunda mitad del siglo XVIII era una ciudad de apacible y grato vivir. Su delicioso clima, sus plácidos contornos, sus calles rectangulares, sus plazas bien proporcionadas, sus iglesias, sus casas de hermosa y sólida construcción, hacían de Caracas, según testimonio del Conde de Seguer, una ciudad limpia, elegante y bien construída. Ilustres viajeros que la visitaron en las postrimerías del siglo como el Barón de Humboldt, o en los comienzos de la nueva centuria, como el viajero francés Francisco Depons, se complacen en describir con lujo de detalles la vida de los caraqueños de la época. Todos concuerdan en realizar la belleza de sus mujeres, el agudo ingenio de sus hombres, la afición por el lujo, las artes, en especial, el teatro y la música, así como el espíritu religioso de los caraqueños.

Humboldt apunta:

"Hallé en muchas familias de Caracas una afición a la cultura, un conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, un gusto por la música, que se cultiva con éxito y, como suele suceder con las bellas artes, une a todas las clases de la sociedad".

Dauxion Laviasse añade: "tanto lujo hay en Caracas como en las capitales europeas, y un refinamiento y una cortesía exagerada debidas a la gravedad española y al modo de ser criollo, amigo del ocio".

La casa donde nació y se deslizó la infancia del Libertador, era una de las principales mansiones de la Caracas de su época. Con su sólido y claveteado portón, su escudo de piedra, sus anchas ventanas, sus soleados patios, estilo andaluz, sus amplias habitaciones, su salón principal y sus dependencias para los esclavos, aquella casa de San Jacinto era asiento y hogar de una adinerada y linajuda familia, cuyos miembros habían influido en el curso de la vida colonial. En aquel marco apacible y lleno de calor familiar se fueron abriendo a la vida los ojos y el espíritu del niño de temperamento vivo y de carácter un tanto díscolo y rebelde. En el salón principal de la casona, colgados de los muros, podía el rapaz contemplar los retratos de los abuelos que, por varias generaciones, habían dado lustre al apellido Bolívar. Con curiosidad infantil se iría informando, por la madre y los hermanos mayo-

res, de los nombres de sus antepasados y de sus hazañas y hechos singulares. No sabemos qué extraños pensamientos debieron cruzar por la mente del muchacho en aquellos momentos, cuya efigie con el correr de los años, sería la coronación y cumbre de aquella galería. El padre no tuvo tiempo para avizorar el porvenir del último de sus hijos. La muerte la arrebató cuando éste apenas frisaba en los dos años y medio de edad.

Sería esta la primera orfandad que habría de caer sobre aquella alma tierna del niño, en cuyo espíritu la soledad iría cavando, con el correr del tiempo, hondos abismos y tremendas decepciones.

Doña Concepción, viuda en la plenitud de la vida y de su belleza, cuando todo parecía sonreír en aquel hogar privilegiado, tiene que hacerle frente a los numerosos y complicados asuntos relativos a la administración de la cuantiosa herencia que dejara el Coronel su esposo. La joven maestra ya siente en su delicado organismo los síntomas de la dolencia que, seis años después, habría de conducirla a la tumba. Simoncito no podrá disfrutar de los mimos y caricias de la madre, sino que será confiado a los cuidados de una esclava robusta y sana llamada Hipólita. En la fuente de aquellos senos de ébano bebería a borbotones el néctar de la vida el último de los retoños de doña Concepción. Con la buena leche de la negra Hipólita, el niño se fue criando lleno de vigor. Su figura es menuda y magra, pero el muchacho luce sano y recio. En su rostro ligeramente alargado ya empiezan a revelarse, como rasgo característico de su fisonomía, los ojos negros y vivos, y en el trazo fino de la boca se adivina un terco y empecinado gesto de dominio.

En Simón Bolívar, el Libertador, habrían de encontrarse las esencias más puras de varias generaciones de abuelos, de ambas ramas, para modelar el prototipo más alto de la raza y configurar el hombre que esta parte del mundo requería en ese preciso momento de su historia. En el último vástago de Don Juan Vicente y de Doña Concepción acumuló la naturaleza, en un esfuerzo, las esencias mejores para plasmar el genio de América.

Desfile de Preceptores

En la casona de San Jacinto la vida discurre su ritmo normal. Pero el inquieto muchacho se aburre entre aquellos pesados cortinajes, aquellos muebles churriguerescos y aquellos retratos de graves abuelos. Sólo las salidas periódicas que la familia hace a sus propiedades de San Mateo rompen la monotonía de la vida caraqueña. Sobre todo la gente menuda disfruta de la vida al aire li-

bre, de paseos a caballo y del espectáculo siempre hermoso de la naturaleza, con sus árboles, sus ríos, sus montañas.

Según costumbre de la época, Doña Concepción confía la educación de sus hijos a preceptores que se encargan de sembrar en sus almas infantiles, junto con los conocimientos propios de la edad, las nociones indispensables para la vida social, según corresponde a gentes de su clase y categoría.

Simoncito, el más inquieto y travieso, es confiado a la custodia del sabio jurista Don Miguel José Sanz. Lamentablemente, la grave y solemne actitud que el Licenciado adopta frente a su pupilo no sólo no produce los efectos saludables que Doña Concepción esperaba al confiárselo a sus cuidados, sino que, por lo contrario, acentúa su rebeldía y tozudez. Al devolverlo a su madre, el grave señor Sanz debió formular en su mente los más negativos presagios sobre el último hijo de Don Juan Vicente y de Doña Concepción.

De la severa mansión del Licenciado es trasladado Simón a su amplia casona de San Jacinto. Allí, por lo menos, tiene el calor maternal de la negra Hipólita y podrá distraerse jugando con la negrita Matea. De vez en cuando, a Doña Concepción le dedica los ratos de ocio que le permiten sus negocios, sus expedientes y sus compromisos sociales. Allí también está el viejo Don Feliciano, su abuelo, quien, como todos los abuelos del mundo, tendrá que arreglárselas para contar a sus nietos historias, unas inventadas y otras verdaderas. Los tiempos son pródigos en noticias que vienen del otro lado del mar. El señor Don Carlos III pasó a mejor vida aquel año de 1788. En Caracas se celebran pompas fúnebres en su honor. En seguida vienen los festejos por la ascensión al trono de su hijo Don Carlos IV. Más allá de la frontera de los Pirineos ocurren graves sucesos que hacen estremecer a Francia y al mundo. Malos tiempos se avecinan, pensará para sus adentros Don Feliciano. Es menester estar en guardia contra toda esa ola que comienza a encrespase y amenaza con destruir normas y principios de vigencia eterna. Poco entenderían de estas graves amonestaciones los nietos de Don Feliciano, en especial el pequeño y menudo Simón, quien siente, como ninguno la necesidad de dar rienda suelta a las ricas y vitales energías que se acumulan en su cuerpecito y, para quien, las historias de su abuelo lo tienen sin cuidado.

El 6 de Julio de 1792, fallece, a la edad de 33 años, Doña Concepción. Esta segunda orfandad cae como duro golpe, en el alma de Simoncito, ya abierta plenamente a la conciencia y capaz de comprender el vacío que aquella muerte significaba. A los nueve años de edad se encontraba huérfano de

padre y madre. Durante ese mismo año habrían de contraer matrimonio sus dos hermanas. La casa quedaba vacía del calor femenino. El abuelo pasa a ser la figura central de aquel hogar. Pero no tardaría la muerte en golpear nuevamente aquella casa. El 5 de Diciembre del año siguiente, Don Feliciano cumplía su jornada terrestre. Los hijos varones del matrimonio Bolívar Palacios quedaron a cargo de sus tutores. Juan Vicente al cuidado de Juan Félix Palacios y Simón al de Carlos Palacios, ambos hermanos de Doña Concepción.

Varios maestros se suceden en la ardua tarea de enseñar a Simoncito. Carrasco y Vides le dan lecciones de escritura y aritmética, de historia y religión el Presbítero José Antonio Negrete, y de latín, Don Guillermo Pelgrón. Pero todos se dan por vencidos ante el espíritu rebelde e indisciplinado del rapaz, quien, al parecer, no tiene la menor intención de alinearse dentro de la severa tradición de la familia. Quizás el joven Andrés Bello, apenas tres años mayor que Simón, logre, mediante la amistad y el compañerismo, que el díscolo muchacho entre en razón y se dedique más a los libros y a los ejercicios escolares. El mesurado y discreto Bello frecuentará por algunos meses la casa de San Jacinto, pero conseguirá bien poca cosa de su discípulo. Lo único que consiguen todos estos maestros de Bolívar es inculcarle algunos conocimientos rudimentarios de escritura, gramática, e historia, pero ninguno de ellos llegará al corazón ni a la mente del muchacho. Esto le estaba reservado a un hombre de dotes excepcionales quien, en calidad de amanuense entra al servicio de los Bolívar. Su nombre era Simón Carreño, pero se hacía llamar Rodríguez. A éste le corresponde, por excelencia, el glorioso título de Maestro del Libertador.

Don Simón Rodríguez

No pensó jamás Don Feliciano Palacios que el joven amanuense que contratara para que sirviera de ayuda en el manejo y despacho de los asuntos relacionados con la herencia de su yerno Don Juan Vicente Bolívar, era un hombre de tanta erudición y tan lleno de conocimientos. En efecto, el joven Rodríguez era un empecinado lector de cuantas novedades de la vieja Europa caían en sus manos; su mente se había nutrido, de manera especial, con las doctrinas de los enciclopedistas franceses, y por supuesto, no había descuidado las grandes enseñanzas que nos legara la antigüedad clásica. De carácter un tanto atrabiliario y extravagante, se había grangeado cierta fama de hombre hosco y poco sociable. Por desavenencias con su hermano el compositor Cayetano Carreño, se cambió el apellido familiar por el

de Rodríguez; más tarde, aburrido del Rodríguez se haría llamar Robinson.

Entre los últimos libros que más habían impresionado al joven y erudito amanuense, había uno cuyos novedosos conceptos le traían caliente la cabeza por aquellos días. El libro había sido quemado públicamente en París y su autor excomulgado por hereje e impío. Para salvar su pellejo el autor de tal infundio tuvo que huir y esconderse en un pueblecito de los contrafuertes del Jura, entonces feudo del rey de Prusia. El libro se titulaba "Emilio o de la Educación" y su autor Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra. En sus páginas se irrumpía vigorosamente contra la educación de la época artificial y rígida y se ponían de relieve, como fundamento de todo sistema educativo, los principios de la educación natural y de la libertad.

Por aquellos días Rodríguez se interesaba en cuestiones relacionadas con la educación como nos lo demuestra la memoria que en 1794 presentó al Cabildo de Caracas con el título de "Reflexiones que sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento".

Al entrar al servicio de la familia Bolívar, tal vez pensó el inquieto y novel pedagogo que en aquella casa habría de encontrar el Emilio que necesitaba para poner en práctica sus ideas. Con el correr de los días, el amanuense logra ganarse el ánimo de los tutores de Simoncito y ante el fracaso de los demás preceptores, se le designa maestro del rapaz. Desde el primer momento parece que la palabra de Rodríguez logró hacer mella en el muchacho. Rodríguez hablaba un lenguaje nuevo. Más que en tareas fastidiosas y lecciones aburridas aprendidas en un Manual, el nuevo maestro insistía en la importancia que revestía para la vida el aprendizaje de la dura tarea de ser hombre y en la necesidad de someter al dominio de la propia voluntad los impulsos del instinto y la fuerza desordenada de las pasiones.

La vida en la hacienda San Mateo, le brindaba a Rodríguez ocasión propicia para practicar el principio rousseauiano de la educación natural, lejos de la sociedad y de los hombres. Rousseau quería que su Emilio fuera educado en el campo, donde el maestro será más árbitro de los objetos que quiera presentar al niño y donde sus palabras y ejemplo tendrán una autoridad que no podrán tener en la ciudad.

De conformidad con su maestro Rousseau, Rodríguez comenzó por ejercitar el cuerpo, los órganos, los sentidos, las fuerzas de su pupilo mediante largas caminatas y prolongados paseos a caballo para fortalecer

el cuerpo, porque para que el alma sea fuerte, le decía, es necesario endurecer el cuerpo.

El sistema de Rodríguez produjo magníficos resultados en la educación del joven Bolívar. El extraño pedagogo había conseguido lo que no pudieron obtener sabios y reputados maestros caraqueños de la época. La semilla que el maestro iba sembrando en aquellos paseos bajo el sol aragüeño y a la sombra de los árboles de San Mateo, había de producir sus frutos. El adolescente comenzó a abrir los ojos y a darse cuenta de que muchas de las ideas y prejuicios que su época adoraba no eran más que ídolos con pies de barro a los que podía derribárseles de su pedestal.

La influencia de Rodríguez caló muy hondo en el alma del muchacho. Durante toda su vida conservaría Bolívar vivo el recuerdo de estos años y la gratitud hacia su maestro "Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló . no he podido borrar jamás siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles". Este es uno de los párrafos de la memorable carta escrita por Bolívar a Rodríguez muchos años después.

Todos los biógrafos del Libertador están acordes en reconocer esta influencia de Rodríguez sobre su discípulo. Emil Ludwig afirma: "Desde la época de Alejandro, pocos maestros han influido tan decisivamente como el de Bolívar en mancebos que fueron luego grandes generales y grandes políticos".

Los años de la adolescencia

Bajo la guía de Rodríguez fue abriéndose lentamente el espíritu de Simón, mientras su cuerpo se hacía cada vez más fuerte y más duro. El niño cedía el paso al adolescente; sus facciones se iban haciendo más firmes y las líneas de su rostro se iban precisando en rasgos característicos y varoniles. No prometía ser de elevada estatura, pero los hombros eran anchos y el pecho recio y abultado.

Los relatos de su abuelo don Feliciano sobre los sucesos que convulsionaban a Francia desde que él, Simón, tenía seis años, comenzaron, de repente, a adquirir en labios de su maestro Rodríguez un color y un sentido diferente. Aquella tremenda conmoción política y social que estaba creando un nuevo orden de cosas llegó a interesarle vivamente. Las olas de aquella marejada se extendían por el mundo. También habrían de llegar hasta las playas venezolanas. El ne-

gro José Leonardo Chirinos fue ajusticiado por haber querido establecer en Venezuela "la ley de los franceses".

Tenía Simón doce años cuando fue promulgada la Real Cédula de 10 de Enero de 1795, por la cual sea pardos y morenos tenían acceso a cargos públicos mediante el pago de sumas relativamente módicas. Tal medida despertó un verdadero escándalo en el Cabildo caraqueño. El tío de Bolívar Carlos Palacios y Blanco, a la sazón regidor de Caracas, fue uno de los más vehementes en protestar la Real Cédula. Es muy probable que Simón oyera los encendidos comentarios que semejante medida provocó entre los miembros de su familia y los asiduos visitantes de la casa. Esta tremenda división existente entre las clases sociales de la colonia no debió pasar desapercibida para el sagaz muchacho. Varias generaciones de Bolívars y Palacios se erguían en su pasado y gravitan en su sangre para recordarle, como dictaminaba en Cabildo, que no convenía otorgar tal privilegio a las gentes de color, "a las gentes bajas que componen la mayor parte de las poblaciones, y son por su natural soberbias, ambiciosas de honores y de igualarse con los blancos, a pesar de aquella clase inferior en que los colocó el autor de la naturaleza". Pero Rodríguez le enseñaba otra cosa: con Rousseau en las manos, el maestro le enseñaba que a los hombres los creó la naturaleza iguales; que no existen libres y esclavos; que la sociedad debe otorgar igualdad de oportunidades para todos y que la única diferencia que existe es la que establece el talento y la virtud.

Su tío Carlos se ocupaba de la administración de los bienes de su pupilo Simón. Además de la herencia paterna, éste era dueño del cuantioso vínculo que estableció en su favor, su tío y padrino el Canónigo Xeres Aistriguieta Bolívar, a saber, su casa de Caracas, situada entre la Catedral y el palacio del Obispo, en la esquina de las Gradillas; una hacienda de veinticinco mil árboles de cacao, en el valle de Taguaza; otra de treinta mil en el valle de Facayra, así como otras tierras que pudieran pertenecerle como heredero de su madre Doña Luisa de Bolívar.

Con los apellidos Bolívar y Palacios y el cuantioso patrimonio de que era dueño y señor, la vida parecía brindarle además, en bandeja de plata, el más brillante y seguro porvenir. Ante sus ojos se extendía el panorama más halagüeño y todo parecía augurarle al rico terrateniente un puesto destacado dentro de la bien cimentada tradición familiar.

Las noticias que llegaban de la metrópoli eran cada vez más alarmantes. El cambio introducido por Godoy en la política exterior al pasarse al campo francófilo y aban-

donar la alianza con Inglaterra produjo serios reveses al comercio español. El intercambio entre España y sus colonias ultramarinas sufrió perjuicios considerables. Los navíos ingleses infestaban los mares de la navegación hispánica y dificultaban ese intercambio. Por otra parte, los ingleses resolvieron apoderarse de la isla de Trinidad el 16 de Febrero de 1797. Con esta arbitraria ocupación, España y Venezuela, como heredera de aquella, perdía una parte inestimable de su territorio, pérdida que nunca se reparó y que aún lamenta nuestro país, como causa de la pésima política exterior de la débil y tambaleante dinastía borbónica. Simón tenía catorce años para la fecha de estos tristes sucesos que, como es natural, debieron merecer prolijos comentarios en el seno de la familia. Su tío Carlos hablaba el 28 de Junio de ese mismo año 97 a su hermano Esteban de "las infinitas calamidades que ha pasado y está sintiendo esta provincia con la guerra con los ingleses".

El 4 de Enero de 1797, entra Simón como cadete en el batallón de voluntarios blancos de los valles de Aragua. Este cuerpo había sido creado por su padre Don Juan Vicente y en él había servido, con el grado de coronel, durante muchos años. La pedagogía de Rodríguez es suplantada por las nuevas disciplinas del cuartel. En el curso de ese mismo año se descubre una conspiración a cuya cabeza se encuentra el Capitán Manuel Gual de las milicias de Caracas y el Justicia mayor de Macuto, Don José María España. Simón Rodríguez figura entre los comprometidos en la revuelta y va a dar con sus huesos en la cárcel.

El joven cadete logra un permiso para visitarlo. En aquel diálogo entre barrotes debió presentársele al joven soldado iluminada la imagen de una patria libre. Rodríguez es excarcelado y decide exilarse voluntariamente y regresar a Francia, donde se respiran aires de Libertad.

Después de cursar los estudios regulares, el rey Carlos IV otorgaba a Simón Bolívar el día 4 de Julio de 1798, el grado de Sub-teniente de la Sexta Compañía del Batallón de Milicias de Infantería de Blancos de los valles de Aragua, con las siguientes calificaciones: Valor, conocido; aplicación sobresaliente; capacidad, buena; conducta, buena.

Nada se revelaba todavía en el joven sub-teniente del genial y formidable estratega ante cuyas hazañas iba a caer hecho pedazos un imperio de siglos. Simón Bolívar y Palacios, el apuesto y distinguido Oficial de las Milicias de Aragua, en nada sobresalía sobre sus compañeros de estudios. Era uno de los tantos jóvenes mantuanos de Caracas, a quienes sus familiares habían des-

tinado a la carrera de las armas para servir a su rey, como otros eran dedicados a la iglesia para servir a su Dios.

En la mente del joven Oficial aún estaba confusa la imagen de su futuro destino. Rodríguez había sembrado en su espíritu ideas que se apartaban de los conceptos tradicionales que habían servido, a lo largo de varias generaciones, de norma y regla a su espíritu de raigambre decididamente monárquica. Pero esas semillas aún estaban en el período oscuro y misterioso de la gestación.

Los encargados de la educación de Simón deciden enviarlo a España a fin de que complete los conocimientos requeridos en una persona de su clase. En la capital de España reside, desde hace varios años, su tío Esteban Palacios, a quien Doña Concepción confiara las gestiones relacionadas con la obtención del título de marqués de San Luis para su hijo Juan Vicente, así como el enojoso expediente de las minas de Aroa.

Simón se dispone a partir para Madrid en el primer navío que ofrezca seguridad en tiempos tan calamitosos para la navegación española, por causa de la guerra con los ingleses.

En el México de los Virreyes

El 19 de Enero de 1799, el "San Idefonso" se hacía a la vela en el puerto de La Guaira rumbo a España. Lo comandaba el Capitán José Uriarte y Borja, hombre de prominente personalidad en cuyo espíritu se combinaban el valor personal con un carácter afable y una generosa gallardía. El Capitán se hizo cargo del joven Bolívar y durante la travesía inclinó con el caraqueño a quien prodigó finas atenciones. Bolívar habría de conservar grato recuerdo del viejo marino de quien decía que era digno de los parientes que tenía en el cielo. Uriarte procedía del ilustre linaje de San Francisco de Borja, el varón que renunció a las pompas mundanas de la Corte para entregarse al servicio de Dios en las filas de la recién fundada Compañía de Jesús.

Junto con Simón se había embarcado un joven guaireño, Esteban de Escobar y Vildósola, poseedor de una beca para el Colegio de Nobles de Segovia. Los dos adolescentes comienzan a bordo una amistad que había de prolongarse por toda la vida. Frente a los dilatados panoramas del océano la conversación de los jóvenes rueda sobre el mundo mágico que les espera en la Corte. Se trazan alborozados proyectos para el porvenir. Es la primera vez que Simón se encuentra sin las ataduras de familiares y preceptores. Se siente dueño de su propio destino y su imaginación, viva y despierta, vaga gozosa por los territorios encantados de

sus ilusiones de adolescente, quien es, además, rico propietario y dueño de cuantiosas rentas. La metrópoli lejana se le antoja como un cofre de sorpresas que habrá de volcarse ante sus ojos añónitos.

El "San Ildefonso" debía pasar por Veracruz para recoger los tributos reales y de allí seguir escoltado por una caravana de buques de guerra, rumbo a España. El 2 de Febrero el barco ancló en el puerto de Veracruz. Después de quince días de aburrida espera, el joven Bolívar solicita y obtiene la correspondiente licencia para trasladarse a la capital del virreinato.

Tal visita estaba, por lo demás, prevista en el itinerario trazada por su tío Carlos en Caracas. Después de atravesar las poblaciones de Jalapa y Puebla, llega el joven Bolívar a la opulenta ciudad de México, hospedándose en la casa del Oidor don Guillermo de Aguirre y Viana, en la Calle de las Damas. Para este importante personaje, Simón llevaba cartas de recomendación del Obispo de Caracas, Fray Antonio de la Virgen María y Viana, tío del Oidor. El vástago de los Bolívar es recibido y agasajado por Don Guillermo y, en la primera ocasión, lo presenta al Virrey Asanza.

Intensa debió ser la impresión que produjo en el ánimo del joven el encuentro con aquella urbe magnífica, poblada de palacios maravillosos, templos suntuosos y plazas llenas de majestad como aquella del "zócalo". Allí en aquella opulenta capital, la piedra se había hecho flor de perennidad y el áspero impulso del conquistador se había convertido en remanso de belleza y de arte. La magnificencia y esplendor de una raza vencida rivalizaba, en las reliquias del pasado, con la opulencia y la fuerza de las obras de la raza vencedora. Aquellos jardines de Chapultepec, por cuyas sombreadas veredas debió Simón pasearse en lujoso coche tirado por briosos corceles de las caballerizas del Oidor, le hablaban del pasado de una raza indígena que alcanzó un alto grado de civilización cuando llegaron los conquistadores a imponerles su Dios y su ley.

Durante los días que Bolívar permaneció en México tuvo ocasión de frecuentar lo más granado de la sociedad y asistir a reuniones donde alternaban el buen gusto y los modales más refinados.

Refiere O'Leary en sus "Memorias" que el General Alava, que a la sazón estaba en México y conoció a Bolívar en el palacio del virrey, le contó que un día en el que la conversación cayó en el tema de la revolución francesa, "el joven venezolano se expresó con tanta audacia, que asombro a los oyentes, y habría causado gran disgusto al virrey si otro de más años o de más extensas rela-

ciones en el país, hubiese emitido semejantes opiniones". Al parecer, la semilla sembrada por Rodríguez comenzaba a dar frutos de rebeldía.

Con la fulgurante visión de la gran capital en los ojos estupefactos, regresa Simón a Veracruz. El "San Ildefonso" se hace a la vela para La Habana con el propósito de incorporarse al convoy que al mando del Almirante Don Dionisio Galiano iba a zarpar para España. Antes de embarcarse, escribe a su tío Pedro una carta que lleva la fecha 20 de Marzo de 1799. Es la primera carta de Bolívar de que se tiene noticia. La hermosa y definida caligrafía contrastan con la deficiente y maltratada ortografía. Como acertadamente apunta O'Leary, la misiva "nada revela del futuro héroe, ni ninguno de los rasgos de genio que en temprana edad anunciaban la existencia de una clara inteligencia; al contrario, da muestras de una educación descuidada".

En el Madrid de Carlos IV

El "San Ildefonso" llegó al puerto de Santoña el 30 de Mayo. De inmediato, Simón siguió por el camino de Bilbao hacia Madrid, adonde lo esperaba su tío materno. No sabemos si el futuro Libertador se detuvo en los sitios donde estaba el solar de sus mayores. Es muy probable que el mancebo mostrara interés en ver aquellos lugares de donde en un lejano pasado había salido su antepasado Don Simón de Bolívar a probar fortuna en el nuevo mundo. Pero no conservamos ningún testimonio de esta probable visita.

Por los caminos polvorientos de la vieja España va la diligencia que conduce al joven Bolívar hasta la capital del reino. Variados paisajes se suceden mientras rueda el carruaje: el verde y risueño de Vasconia; el duro y árido de la estepa castellana. Por fin, en una de las esribaciones del Guardarrama aparece Madrid. Grande debió de ser la emoción de Simón al sentirse en aquella gran capital. La diligencia penetra por la puerta de Alcalá, atraviesa el paseo de El Prado, la concurridísima Puerta del Sol y se detiene en la casa que habitaba el neogranadino Don Manuel Mallo, hombre que a la sazón gozaba de confianza en la Corte y era amigo de Esteban Palacios desde los días en que el hábil payanés estuvo en Caracas. Mallo comparte con su amigo caraqueño techo y mesa y gracias a su valimiento con la reina María Luisa consiguió que Esteban fuera nombrado miembro del Tribunal de Cuentas. Esteban recibe con muestras de gran cordialidad a su sobrino de quien espera, con la ayuda de Mallo, hacer un caballero de embajada a fin de que la familia tuviera representante en la diplomacia española. El día 29 de Junio escribe Esteban a su herma-

no Pedro para darle noticias del arribo de su sobrino: "Llegó Simoncito tan guapo después de haber estado en México y La Habana que aunque no tiene instrucción alguna tiene disposición para adquirirla, gastó en su viaje no poco, llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente". "Llegó derrotado", se refería Esteban a que el joven traía poca ropa y escaso equipaje y era menester equiparlo de trajes a la moda madrileña.

Por su parte, Pedro se quejaba de los gastos excesivos de su sobrino durante el viaje; en México había tenido que recurrir a un préstamo de cuatrocientos pesos y el Capitán del barco le había facilitado, también en calidad de préstamo, tres mil reales. Pedro cree que es menester poner coto a los gastos de su sobrino. Así se lo manifestaba a su hermano Esteban: "El Simoncito ha gastado infinito en su viaje superfluamente y así es necesario contenerlo como te he dicho, lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía y lo otro porque no tiene tanto caudal como se imagina él y aún tú mismo que no tiene conocimiento de él".

Pedro Palacios decide probar también fortuna en la Corte y se embarca para España. Durante la travesía, el barco en que viajaba fue objeto de dos asaltos de los corsarios. Pasando por Lisboa llega a Madrid desprovisto de dinero y equipaje. Tíos y sobrino deciden tomar domicilio aparte. Los tres se instalan en una casa de la Calle de Jardines. Durante estos primeros días escasea el dinero. El cacao embarcado por Pedro antes de su salida de Caracas no había llegado a su destino de Cádiz, debido a la guerra marítima con los ingleses y, por otra parte, los especuladores exigen fuertes comisiones sobre préstamos. De manera que el tren de vida de los primeros tiempos de la casa de Jardines debió transcurrir sin lujo, ceñido a lo indispensable.

Los tíos consideran necesario atender a la educación de su sobrino. Este asiste por algún tiempo sin matricularse a la Academia de San Fernando. Más tarde se le asignan profesores particulares y Simón se muestra bastante aplicado y logra rápidos progresos. El caraqueño alterna el estudio con la vida social de aquel Madrid del último año del siglo.

"A este niño, escribe Pedro, le tiene Esteban muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana; el escribir, en que está muy ventajoso; el baile; la Historia, en buenos libros, y le tiene preparado el idioma francés y las matemáticas. Está sujetico y observa mediana conducta o por mejor decir buena".

Por esta época Bolívar comienza a ma-

nifestar sus primeras inquietudes amorosas con una vendedora otoñal de la librería de la Calle de Jardines. Será esta su primera escaramuza en un arte en que él había de sobresalir a lo largo de su vida. Con los buenos padrinos de que dispone, Simón es presentado en la Corte, aquella Corte decadente de Carlos IV y María Luisa de Parma, manejada por el temperamento lascivo y voluble de la soberana. El joven Bolívar entabla cierta amistad con el príncipe heredero. Es invitado a participar en sus juegos. Un día en que ambos jóvenes jugaban al volante (raqueta y pelota), Simón involuntariamente asienta fuerte golpe en la cabeza de su real contrincante. Este se enoja y quiere suspender el partido. La reina interviene y lo obliga a continuar. Años más tarde al comentar el Libertador este incidente observaba: "Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que tal incidente era el presagio de que yo le debía arrancar la más preciada joya de su corona".

En la casa de la Calle Jardines permanecieron los dos tíos y sobrino hasta el 28 de Febrero de 1800. A partir de esta fecha se muda para la residencia del Marqués de Ustáriz, en la calle de Atocha. El de Ustáriz era un viejo amigo de los Bolívar. Residía desde hacía muchos años en Madrid donde vivía con lujo y elegancia, rodeado de libros y viejos recuerdos. El marqués era un espíritu preocupado por el estudio de la filosofía y sus ideas estaban influenciadas por la Enciclopedia. "En él, —apunta O'Leary—, se figuraba Bolívar ver a uno de los sabios de la antigüedad".

La intimidad del marqués y su familia lo fueron alejando de la compañía de Mallo y apartando de la frivolidad de la Corte. El joven encuentra en la figura de Ustáriz un verdadero ductor y confidente. Como Rodríguez, éste habría de influir hondamente en el ánimo del mancebo quien necesitaba, más que nunca, recoger las velas de su nave que amenazaba naufragar en un mar de frivolidad y disipación. Allí, en la nutrida biblioteca del marqués, encuentra Bolívar variado y sólido nutrimento para su espíritu en el que comenzaba a apuntar la flor de una inquietud: la del saber. Los eruditos discursos de su viejo amigo sobre los más variados temas del conocimiento humano fueron templando el ánimo de Bolívar y lo fueron habituando para las arduas tareas del pensar. Esta época de la vida del joven Bolívar debe contarse entre las más fecundas de su juventud. Era la segunda vez que el destino le reparaba un auténtico maestro en la recia y austera estampa del Marqués de Ustáriz.

La estrella de Mallo se eclipsa

La mayoría de los biógrafos de Bolívar

relacionan la prisión de Esteban Palacios, ocurrida poco antes de Septiembre de 1800, con la caída de Manuel Mallo. Pero, mas bien creemos que el tío y padrino de Bolívar fue, como piensa Lecuna, "probablemente víctima inocente de alguna intriga". Por espacio de año y medio permaneció Esteban en el Castillo de Monserrat en Barcelona. No sabemos si Mallo hizo algo en favor de su amigo. De haberlo hecho, sus gestiones no fueron atendidas. Pedro Palacios, también, es perseguido por la policía, no sabemos por qué motivo. Logra escaparse a Cádiz donde un amigo lo mantiene oculto en su casa.

La estrella de Mallo comienza a eclipsarse y es reemplazado, nuevamente, en las intimidaciones y favores de la reina, por su rival Manuel Godoy.

La puerta de Toledo

Una mañana en que se paseaba, como de costumbre, por uno de los concurridos paseos de Madrid, en un brioso corcel, del jefe de un pelotón de Guardias del Resguardo, al pasar bajo el arco de la Puerta de Toledo, recibe la orden de detenerse. Bolívar obedece ante el brusco e inesperado mandato. El jefe da orden de registrar al caballero, que vestía arreos militares. Al intentarlo los guardias, Bolívar hace encabritar su caballo y desenvainando la espada arremete contra sus perseguidores. El joven teniente alega que a un oficial no le pueden registrar oscuros esbirros. El jefe trata de explicar a Bolívar que tienen ordenes de registrarlo en virtud de la Ordenanza Real que prohibía el uso de brillantes y objetos de oro a los indios.

Pero el brioso Oficial de las Milicias de Aragua no permite que lo registren y se abre paso en medio del tumulto de guardias y curiosos.

La mayoría de los historiadores han repetido, al comentar este pasaje, el error de O'Leary, quien atribuye el incidente de la Puerta de Toledo a "que la Reina, acosada por los celos y conociendo la intimidad del joven americano con Mallo creyó poder hallar entre los papeles de Bolívar, los indicios de alguna intriga amorosa de su favorito". Tal interpretación es absurda y ridícula. Ya para esta época, Mallo había caído del favor real y, como opina Lecuna, no es probable que la policía registrara a Bolívar en busca de papeles que comprometieran a Mallo, porque no es verosímil por más que fuera su amigo, que llevara en el bolsillo documentos de esa clase, que si acaso existían los debía tener Mallo en su casa". El incidente, de ser cierto, debió obedecer a otro motivo. Recuérdese que para la época, España estaba en guerra con Francia y las autoridades fo-

maban toda clase de precauciones especialmente, de índole militar.

De todos modos, el incidente sirvió para poner de manifiesto el temple y decisión del joven oficial criollo.

María Teresa Toro

Simón conoció a María Teresa Rodríguez Toro y Alaiza en casa del marqués de Ustáriz. La joven era hija de Don Bernardo Rodríguez de Toro, noble caraqueño, casado con Doña Benita Alaiza, también de noble estirpe. Residía en la Corte desde hacía largos años y era amigo de la familia Bolívar. María Teresa era veinte meses mayor que Simón. La crónica y la historia coinciden en afirmar que no era bella. Pero su persona irradiaba tal aire de dignidad y dulzura que, desde el primer momento, cautivó a Bolívar.

En el temperamento ardiente del joven, la chispa de aquel primer amor prendió con desbordada pasión. Desde entonces parece que Simón no viviera sino para el objeto de su afecto. Sus visitas a la familia Toro, en la calle de Fuencarral, al otro lado de la Puerta del Sol, se multiplican. Simón no puede demorar por más tiempo la realización de su anhelo y pide a Don Bernardo la mano de su prometida. El viejo considera que Bolívar es aún, muy joven y aconseja a los enamorados posponer por algún tiempo la boda. El insoportable y pesado verano madrileño, ofrece ocasión a Don Bernardo para poner un arco de distancia entre los jóvenes. Serviría, además, para probar los quilates de su mutuo amor. Decide, pues, Don Bernardo salir para Bilbao en compañía de su hija para una temporada de verano.

Simón se aburre en aquel Madrid que se le antoja vacío sin la presencia de su adorada. En el desierto de su espíritu, sólo la palabra de su amigo el marqués de Ustáriz logra calmar su impaciencia y amortiguar el tedio del mancebo.

El 20 de Marzo de 1801, participaba Simón a su tío Pedro que tenía el permiso de S. M. para casarse y que pensaba viajar esa misma noche a Bilbao. En aquella ciudad habría de permanecer Bolívar al lado de su prometida durante toda la primavera y verano de ese año. En Agosto escribía nuevamente a su tío Pedro. Para esta fecha, Esteban aún permanecía en la prisión de Monserrat. Simón manifiesta la preocupación que esto le causa. Abriga las más firmes esperanzas que las gestiones realizadas por Pedro para lograr la libertad de Esteban. Sabe que la persona que ha ocupado Pedro para estos trámites posee un buen corazón y se complace que aquél haya tomado "el mejor remedio que nos pueda curar del mal que padecemos".

En esta misma carta se muestra, por primera vez, la preocupación religiosa del joven Bolívar. Manifiesta a su tío que ofrece sus oraciones que "son pocas, y poco eficaces, por el sujeto que las hace" para el buen resultado de las gestiones encaminadas a la liberación de su amado familiar. Más adelante, al lamentar la muerte del mayordomo de Pedro, hace la siguiente reflexión: "En fin, Dios es el autor de todos nuestros sucesos, por lo que deben ser todos para nuestro bien".

En la Francia del Primer Cónsul

De Bilbao, Simón decide pasar, ignoramos por qué motivos, a Francia. El 13 de Enero de 1802, le escribe desde Bayona a un señor Francisco José Bernal que se interesaba por la suerte de Esteban Palacios. Según la respuesta de Bolívar, su tío aún estaba preso y privado de toda comunicación. La visita del futuro Libertador a Francia coincide con momentos de singular relieve y esplendor en el acontecer histórico de aquella importante nación. Se acaba de celebrar la paz de Amiens. En la ciudad se celebra con gran pompa el memorable acontecimiento que ponía una tregua entre España e Inglaterra. En virtud del Tratado de Amiens, España cedía a Inglaterra la Isla de Trinidad, segregándola definitivamente del territorio a que estaba destinada por la naturaleza.

Al regresar la familia Toro de Madrid, Bolívar se propone hacer una breve visita a Francia.

De Bayona pasa a Amiens, donde el Embajador de España, Azara, participa en las ceremonias de la firma del tratado. El diplomático le visa pasaporte el 16 de Febrero. Pero Bolívar no regresa a España sino probablemente en Abril. Antes hace una breve visita a París. El París del Primer Cónsul. En el cénit de su gloria y de su poder, la figura de Napoleón domina el escenario europeo. Las multitudes delirantes lo aclaman y vitorean. Simón habría de presenciar este espectáculo lleno de admiración por la figura del héroe y en su espíritu habría de quedar profundamente grabada la impresión que le produjo aquel primer encuentro con la gloria encarnada en aquel corso de pequeña estatura que gracias a su genio, estaba cambiando los destinos de Europa.

Matrimonio a los dieciocho años

El 29 de Abril de 1802, vemos a Bolívar en Bilbao. Obtenido, sin dificultad el permiso para regresar a Madrid, emprende gozoso el viaje de retorno a la ciudad donde se encuentra el objeto de sus pensamientos. Para el joven enamorado debió ser particularmente hermoso el encuentro con la ciudad

engalanada con todos los primores de una primavera radiante y cuya más hermosa flor se abría en los jardines de la casa de Atocha, propiedad de Don Bernardo Toro.

El 15 de Mayo, el rey le otorgaba la licencia necesaria para contraer nupcias. Recuérdese que Bolívar como Sub-Teniente de las Milicias de Atagua, era oficial de Su Majestad. La ceremonia se efectuó en la capilla de San José, filial de la parroquia de San Luis, en la calle de la Montera, el día 26 de Mayo. Después de la ceremonia, los nuevos esposos parlieron para La Coruña. Allí les esperaba el "San Ildefonso", el mismo buque en que tres años antes había viajado en compañía de su amigo Escobar. Ahora era el retorno a la tierra, más maduro, con la experiencia de nuevos países y nuevas gentes, con una ilustración más amplia, y, sobre todo, con esa seguridad y confianza que a la vida sólo logra imprimir el amor. Aquella luna de miel a bordo del "San Ildefonso" debió ser para los dos recién desposados una especie de canto a la felicidad que, pensaban, habría de prolongarse por muchos años en la tierra, que a María Teresa se le antojaba la tierra prometida.

De nuevo en Caracas

En Caracas la recepción de la pareja fue llena de calor. Los familiares y sus numerosas relaciones sociales se esmeraron en prodigarles toda clase de atenciones y agasajos.

Los recién casados se instalaron en la casa del Vínculo de la Concepción, esquina de las Gradillas, frente al ángulo Sureste de la plaza Mayor de Caracas.

Según tradición recogida por Don Vicente Lecuna de un miembro de la familia Camacho, descendiente de María Antonia Bolívar, no es verosímil que Bolívar, como dicen algunos, llevara a su esposa a la hacienda de San Mateo, propiedad de su hermano Juan Vicente, el cual en esa fecha la administraba personalmente. Las haciendas de Bolívar se hallaban en Yare y Taguaza en los Valles del Tuy y en Macaira en el valle tributario del Alto Guárico. Estas ricas haciendas no tenían buenas casas con habitación para familia y los caminos que conducen a ellas son ásperos senderos de recuas. Por estos motivos no creemos que Bolívar llevara a su esposa a dichas haciendas.

Todo parecía sonreír a Simón y a María Teresa. Pero la fatalidad estaba agazapada detrás de la sombra del hijo de Don Juan Vicente Bolívar. Parecía si como una fuerza invisible se empeñara en hacer, cada día más profundos, los abismos de soledad de aquella alma.

Apenas a los ocho meses de casados, la fiebre amarilla que para entonces era endémica en Caracas, atacó el frágil organismo de María Teresa aún no aclimatado a la aspereza del trópico. Después de cinco días de fiebre, falleció el 22 de Enero de 1803. El entierro se efectuó en la Capilla de la Santísima Trinidad de la Iglesia Catedral de Caracas.

Muchos años después al referirse el Libertador a este doloroso episodio de su vida, se expresaba, según lo refiere Perú de La Croix, de la siguiente manera: " . . . quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volver a casarme; he cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizás mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar; ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo". Más adelante añadía: "No digo eso porque yo no he sido el único autor de la revolución y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas no hubiera dejado de aparecer algún caudillo, si yo no me hubiera presentado y la atmósfera de mi fortuna no hubiese como impedido el acrecentamiento de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia y que me tenía reservado para esto, las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones, fue lo que me puso en el camino: mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo hicieron seguir y me han mantenido en él".

El hastío y la soledad en que se encontraba después de la muerte de su mujer, empujan las velas de su nave deshecha nuevamente hacia las riberas de la vieja Europa. Allí espera encontrar algún solaz para su espíritu. Quizás pueda divertirse nuevamente, como en los días de su primer viaje y reconstruir su vida rota antes de cumplir los veinte años.

Después de nombrar apoderado general de sus bienes a su hermano Juan Vicente, se embarca para Cádiz. A fines de 1803, al cabo de un largo y azaroso viaje, desembarca en aquel puerto y sigue para Madrid donde le espera su suegro. La presencia del viejo Don Bernardo renueva en el alma de Simón toda la amargura de su orfandad. Abraza los dos y lloran a aquella que pasara apenas, a lo largo de su corta existencia, como una luz desfalleciente por el alma del más grande Hombre de América. "Su existencia en Madrid, rodeado de los amigos que le conocieron amante, amado y feliz, le fue tan insoportable como la de Caracas". A esto se añade una disposición promulgada por Bando que requería a los extranjeros aban-

donar la ciudad por la escasez de víveres que padecía la capital. Decide irse a Francia. Por aquellos caminos andaba su viejo maestro y amigo Simón Carreño. .

Quando un plebeyo se corona Emperador

A principios de Mayo de 1804 llega Simón a París. La ciudad se preparaba para el solemne y grandioso espectáculo de la coronación de Napoleón. El Consulado se transforma, en virtud de la voluntad omnimoda y soberana del Corso, en fastuoso y rutilante imperio. Las instituciones republicanas, a las que Francia parecía tan apegada después de la revolución, cedían el paso a la cauda brillante de dignatarios y nobles de nuevo cuño. En el aire había un como sutil y delicioso licor que penetraba los poros y las multitudes, que se rigen por la ley de las mareas de acuerdo con el astro de turno, veían en el nuevo señor un presagio de mejores días. Habían pasado los días del terror y de la anarquía. Un sol nuevo iluminaba los caminos y los hogares de Francia, anunciando una era de prosperidad. Y, por encima de todo, los colores del pabellón Francés ondeaban en el pináculo más alto de su prestigio.

Bolívar se instaló junto con su amigo de infancia, Fernando Toro, en un apartamento de la rue Vivienne. Por aquellos días, un distinguido grupo de americanos residía en París, entre los cuales, el quiteño Carlos Montúfar y al guayaquileño Vicente Rocafuerte, personaje que con el correr de los años ocuparía posición prominente en el Ecuador. Con ellos mantuvo Bolívar estrecha amistad. Al grupo pertenecía también Simón Rodríguez.

La proclamación solemne del Imperio se efectuó el 18 de Mayo: es decir, pocos días después de la llegada de Bolívar a la capital francesa. A partir de este momento, Napoleón dejó de ser para Bolívar un símbolo de libertad y gloria, como se le había presentado dos años antes, durante su primera visita a Francia.

Este sentimiento de repulsa hacia el ídolo habría de acentuarse a partir de la solemne ceremonia de la coronación que se llevó a cabo en la Catedral de Notre Dame. Pío VII había viajado expresamente de su ciudad eterna para coronar al nuevo Carlo Magno, pero el César, en un gesto de orgullo, tomó la corona en sus manos y la colocó sobre su cabeza. Luego colocó la corona de emperatriz de los franceses sobre la cabeza de su mujer, Josefina de Beauharnais. El pintor David ha eternizado, en un maravilloso lienzo, aquella escena llena de esplendor y colorido, en la que culmina un proceso: la divinización de Napoleón y comienza una época para Francia: el imperio.

"Desde que Napoleón se coronó a sí mismo, había dicho Bolívar, su fama me parece el reflejo del infierno". Tal sentimiento habría de sufrir, con los años, una modificación en el criterio del Libertador. Al narrar a Perú de la Croix el episodio de la coronación, Bolívar se expresaba de la siguiente manera: "Ví la coronación de Napoleón en París en 1804. Esta gigantesca demostración me conmovió, no tanto por el brillo como por el cariño mostrado por este pueblo hacia su héroe. Esta unánime expresión de sentimientos, esta adhesión libre y espontánea de la masa, que merecieron Napoleón y sus grandes hazañas, me pareció, —le rindieron honores más de un millón de hombres—, el pináculo de los deseos humanos, la realización de la más alta ambición humana. Miré la corona, que Napoleón colocó sobre su propia cabeza, como un pobre ejemplo de una costumbre pasada de moda. Lo que me maravilló fue la aclamación general y el interés que despertaba su persona. Esto me hizo pensar en la esclavitud de mi propio país, y en la fama que ganaría quien lo libertase. Pero estaba lejos de imaginar que yo sería ese hombre".

En el salón de Fanny de Villars

Durante los meses de su permanencia en París, Bolívar llevó una vida bastante frívola y disipada. En el salón de su bella prima Fanny de Villars Aristiguieta, esposa del Coronel Dervieu de Villars, antiguo proveedor de los ejércitos de Italia, conoció Simón a muchos de los personajes de mayor viso por aquellos días: el Príncipe Eugenio, hermano de la emperatriz Josefina, al general Oudinot, el funcionario Delagarde, el Barón de Humboldt, el naturalista Bonpland y otros.

Fanny era una mujer hermosa y de atractiva personalidad. El donaire y gracia de sus veinticinco años resaltaba al lado de los cincuenta y seis años de su marido.

Mucho se ha especulado respecto al género de relaciones que unió a Bolívar con Fanny de Villars. Disquisiciones de esta índole pertenecen más a la crónica que a la historia. A juzgar por los testimonios escritos que sobre este romance nos han quedado, no cabe duda que Fanny fue su amante y confidente. Las cartas que la bella mujer escribió, muchos años después, al glorioso general dejan escapar, como un suave perfume, la nostalgia de aquellos días felices cuando los amantes de la calle Basse de St. Pierre, en el Boulevard Monimontant, se hicieron mutua entrega de sus vidas.

O'Leary refiere un gracioso incidente ocurrido en una de las reuniones de Fanny entre Bolívar y el Príncipe Eugenio, ambos admiradores de la dueña de casa. Al pregun-

tarle ésta a Eugenio a qué animal se parecía Bolívar el Príncipe contestó inmediatamente: a un "moinneau", palabra que en francés significa gorrión. Bolívar, quien para esa época no dominaba el idioma, creyó que se le estaba comparando con un mono y dirigiéndose a Eugenio le replicó encolerizado: "Y usted a un cuervo". La oportuna explicación de Fanny puso término al incidente, impidiendo que éste tuviera graves consecuencias.

Bolívar y Humboldt

Bolívar debió conocer al Barón de Humboldt en una de las tertulias de Fanny. El sabio alemán acababa de regresar de su famosa gira por los países americanos y era, a no dudarlo, el hombre mejor enterado sobre la geografía, etnología y costumbres de aquellos pueblos; experiencias que el sabio habría de verter en su famosa obra "Viaje a las regiones equinocciales del nuevo Continente". Se ha hablado de las pocas simpatías que el futuro Libertador despertó en el sabio. Es muy probable que así fuera. La verbosidad, la audacia y la pasión que en aquel joven americano de veintiún años se unían a una vida frívola y bastante disipada, no debieron despertar ningún concepto favorable en el Barón, quien al parecer, llegó a expresarse en malos términos de Bolívar. Así parece confirmarlo estas palabras de Fanny en carta al Libertador, mucho después. "Ha estado aquí el Barón de Humboldt. No sé cómo hará el señor Barón para llamarse vuestro amigo; en aquella época en que el éxito de vuestra empresa era dudosa, él y el señor Delpech eran vuestros detractores más celosos". El mismo Humboldt en carta a O'Leary, 1853, le confiesa las dudas que abrigó sobre el futuro Libertador. "Jamás, decía, le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Lo que más me asombró fue la brillante carrera de Bolívar a poco de habernos separado".

En cambio la actitud del naturalista Bonpland, según la narración de O'Leary, fue muy distinta hacia el futuro Libertador. Mientras Humboldt se mostraba pesimista respecto al futuro de las colonias y dudaba que hubiera hombres capaces de llevar a cabo la empresa de la emancipación, Bonpland, "no perdía ocasión de alentar a Bolívar en la empresa, y de asegurarle que la revolución produciría hijos dignos de ella".

Este año de 1804 y los primeros meses del siguiente, se opera en el alma de Bolívar una tremenda crisis. En aquel espíritu se libran oscuras y despiadadas luchas. Se diría que se encuentra en la adolescencia de una nueva pasión. No será ya sólo el amor de una mujer. Fanny será su amante, su con-

fidente y su amiga. Pero nada más. Quedaría un pedazo del alma de Bolívar al que no había de llegar ésta ni ninguna otra mujer. Un como tremendo y arrebatado deslinco comienza a gestarse en las fibras más íntimas de su ser. La vida en aquella capital, asiento de todos los halagos y de todos los placeres, dejan el más profundo vacío en su alma. De aquella lucha interior surge una crisis de nervios. La fiebre hace estremecer su cuerpo y la muerte se le presenta a su imaginación como una sonriente libertadora. En tan críticos momentos será, nuevamente, su maestro Rodríguez quien habrá de sacarlo de ese letargo y hastío de vivir. "Rodríguez vino a sentarse cerca de mí; me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida; me reconvinó con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición". Estas últimas palabras debieron resonar con especial fuerza en aquel espíritu enardecido por la fiebre. Bolívar sabía que una fuerza extraña y misteriosa lo empujaba hacia un destino cuyos perfiles se dibujaban confusamente en su imaginación. Pero tenía plena certeza que no eran los placeres ni los frívolos pasatiempos los que podían llenar el inmenso vacío que experimentaba su brioso corazón. Un viaje como el que le proponía Rodríguez a través de los Alpes, el contacto con la naturaleza y el aire puro de las montañas, le ayudarían a ordenar sus ideas, cobrar nueva fe en la vida y precisar mejor la imagen de ese destino al que se sentía arrastrado.

En ese estado de ánimo emprende Simón, en compañía de su maestro Rodríguez y de su amigo y pariente de su mujer Fernando Toro, un viaje que sería estímulo para sus nervios, scicate para su voluntad y energía para su desfallecido organismo.

A principios de Abril de 1805, los viajeros salen de París. Es plena primavera. Los campos están florecidos. Los tiernos trigales ponen brillo de esperanza en los ojos de los labriegos, atareados en sus faenas agrícolas. Por doquiera se nota el despertar de la naturaleza: hombres, animales y plantas sienten en su ser una onda de nueva savia. Los tres románticos personajes disfrutaban a pleno pulmón de esta alegría de vivir, mientras la diligencia que los conduce rueda por los hermosos campos de Francia.

Detrás había quedado la ciudad, festigo de los devaneos y placeres del elegante dandy. Allí habría de quedar también, enterrada una época de la vida de Bolívar.

París había sido la embriaguez de la pasión; el ímpetu de sus veinte años derramado sobre todos los placeres de la vida. Pero había sido también, el vacío, el hastío y, por último, el estallar de una crisis espiritual que le hizo ver la frivolidad e inconsistencia de una vida de placer.

Aquella crisis fue decisiva en la vida del futuro Libertador de América. El temple de su alma logró sobreponerse a la congoja espiritual que la agobiaba. Otra de menos temple se hubiera entregado en brazos de la desesperación o hundido en el vacío de Werther. Bolívar se sobrepuso a las fuerzas oscuras que luchaban ferozmente en su ser más recóndito.

De esta lucha consigo mismo, el espíritu de Bolívar salió reconfortado y con una nueva luz en su visión interior. El aire puro del camino, el contacto con la hermosa naturaleza que se abría ante sus ojos y la palabra siempre estimulante y espiritual de Rodríguez, terminarían por abonar el terreno para la solemne y definitiva decisión del Monte Sacro.

Sobre las huellas de Rousseau

Los viajeros tomaron rumbo Sur-Este. La diligencia que los conducía hacia la ruta por Melún, Auxerre, Nevers, Dijon, Lyon. Hermosas tierras de Borgoña, cubiertas de viñedos y pobladas de historia y de leyenda. Feudo de aquellos duques aguerridos cuyas tumbas, en la Catedral de Dijon, evocan un pasado de airevidas conquistas, vistosos forneos y pudibundas doncellas. Allí yace en su mausoleo la extraña y bizarra figura de Carlos el Temerario.

De Lyon, los viajeros pasaron a Annecy, la hermosa capital de la Alta Savoya, a orillas de su risueño lago. Allí fue donde el adolescente Juan Jacobo Rousseau, fugado de la casa de sus mayores en la cercana Ginebra, conoció a Madame de Warrens, la dama que inspiró las páginas más bellas de "Las Confesiones". Los tres americanos en peregrinaje romántico por tierras de Rousseau debieron visitar la casa que, junto a la Catedral, habitaba entonces la hermosa dama y en la que acogió al adolescente soñador.

De Annecy siguieron hacia Chamberry, otro santuario de la devoción rousseauniana. Debieron hacer el mismo camino que tantas veces transitó el empedernido caminante para llegar a Les Charmettes, la casa que Madame de Warrens convirtió en nido de amor al lado de su sentimental y extraño compañero. Todos aquellos lugares de Savoya, tan íntimamente ligados al recuerdo del maestro del Contrato Social, los recorrieron, según confesión de O'Leary a pie, como acostumbra hacerlo el propio Rousseau.

Aquellas tierras savoyanas, de dulces contornos y de apacibles paisajes contribuyeron a infundir nuevos ánimos y nuevas energías en el espíritu de Bolívar.

De Chamberry, los viajeros tomaron, vía Los Alpes, rumbo a la Alta Italia, y llegaron a Turín. Este mismo camino lo había hecho también el catecúmeno Juan Jacobo el año de 1728.

Bolívar debió recordar las palabras de "Las Confesiones" sobre este pasaje: "Me parecía hermoso atravesar las montañas, a mi edad y elevarse, así, por encima de mis camaradas, toda la altura de Los Alpes". Después de descansar algunos días en la hermosa ciudad siguen, a través de las llanuras lombardas, hacia Milán. Por donde quiera observan los preparativos que se hacen para recibir al Emperador.

La llegada de los venezolanos coincide con la del Emperador y la de Pío VII de regreso a Roma. En la Catedral de Milán presencian la ceremonia de la coronación de Napoleón como Rey de Italia, al colocar el mismo sobre su cabeza la corona de hierro de los reyes de Lombardía. Espléndida ceremonia la de la Catedral. Pero mucho más habría de impresionar al futuro Libertador la gran revista militar que tuvo lugar en Montechiaro.

Muchos años después, evocaba Bolívar en sus conversaciones con Perú de la Corix este episodio que se quedó profundamente grabado en su memoria: "El trono del Emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia, en medio de aquella gran llanura, mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón que estaba sobre el trono, él (Bolívar) y un amigo que le acompañaba (Carreño) se habían colocado al pie de aquella eminencia, de donde podían con facilidad observar al Emperador; éste los miró varias veces con un pequeño antejo de que se servía, y entonces su compañero le dijo:

"Quizá Napoleón, que nos observa, va a sospechar que somos espías, aquella observación le dio cuidado y lo determinó a retirarse. Yo —dijo S.E.— ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguró que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o, si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente, y puede decirse también del mundo entero".

"Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón, y qué sencillez en su vestido. Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y una

casaca sin ornamento alguno; ésto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiese temido que dijese que lo hacía por intimidar a Napoleón, y a lo cual hubiesen agregado después que mi intención era imitarlo en todo".

Peregrinaje italiano

Nuevamente en camino, los tres románticos criollos ven desfilar ante sus ojos el espectáculo siempre maravilloso de pueblos, aldeas y ciudades: Verona, la de Romeo y Julieta; Padua, la de San Antonio, el humilde lego que conversaba con el niño Dios y entendía el lenguaje de los pájaros; Venecia, la de los canales y góndolas, de la que Venezuela había derivado su nombre.

O'Leary dice que allí sufrió "un gran desengaño" porque "tan exagerada idea había concebido de ella que, a pesar de su incomparable belleza y excepcional situación de la ciudad, quedó descontento".

Después de atravesar Ferrara y Bologna, llegan a Florencia, ciudad museo, cuna de altísimos maestros de la paleta, el cincel y la palabra.

Allí se detuvo Bolívar algún tiempo que dedicó a estudiar la lengua toscana y a leer los grandes clásicos italianos, excluyendo —dice O'Leary a Maquiavelo— "contra quien tenía la vulgar preocupación que ha hecho que el nombre de ese grande y calumniado patriota sea sinónimo de astucia y de crimen".

Esta aversión de Bolívar por el autor de "El Príncipe" había de perdurarle durante toda la vida. Pocos meses antes de la muerte del grande Hombre de América, cuenta el mismo O'Leary que le había confesado Bolívar que no había vuelto a leer a Maquiavelo desde que salió de Europa veinticinco años antes. El genio de Bolívar estaba muy lejos de esa alquimia política, mezcla de astucia y mala fe que aconseja el florentino en su famoso libro. El arte político del Libertador habría de ostentar líneas muy distintas y basarse sobre una franca y buena fé, así como sobre el más amplio espíritu de cooperación entre todos los pueblos.

El solemne juramento

Después de atravesar Perugia, la tierra de San Francisco de Asís, llegaron a Roma, etapa final de su peregrinación.

En aquella histórica y monumental urbe, señora del mundo y testigo de gloriosos sucesos, habría de tener lugar un hecho destinado a marcar un hilo definitivo en la vida de Simón Bolívar: el Juramento del Monte Sacro.

Es el día 15 de Agosto de 1805. Pleno verano romano. El calor es intenso. En compañía de Rodríguez y Toro, Bolívar asciende a aquella Colina, consagrada por la Historia de Roma como símbolo de rebeldía y de lucha por el derecho y la libertad.

A sus pies se extiende la visión maravillosa de la urbe eterna, con sus templos, sus gloriosas ruinas, sus arcos de triunfo, sus termas, su historia toda de gran señora y dominadora del orbe. El joven caraqueño siente que en sus venas se agolpa poderosa la onda de aquel pasado de gloria y, en un arranque de emoción, pronuncia el solemne juramento de consagrarse definitivamente a la causa de la libertad de su patria oprimida.

En carta escrita desde Pavivilca, a Don Simón Rodríguez, el 19 de Enero de 1824, Bolívar evocaba la escena así: ¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al "Monte Sacro" en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

Rodríguez narra de esta manera el episodio del juramento: "Húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril me dijo: "Juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

Este acto de trascendental importancia en la vida de nuestro héroe, pues marca el comienzo de una nueva etapa en su camino, es interpretado por uno de sus biógrafos en forma aviesa y mezquina.

Para Madariaga, "Bolívar se coronó a sí mismo en presencia de un mundo imaginario que su fantasía evocaba a sus pies; se coronó mártir o héroe, según la suerte decidiera. Hacia afuera, hacia las vastas multitudes que se extendían hasta el horizonte, juró dar libertad a su patria. Hacia adentro, en los abismos de su alma, que ni aún su propia mirada podía vislumbrar, juró a Simón Bolívar emperador del Nuevo Mundo".

Pero la verdad histórica, sin la niebla de la pasión, se encargará de desmentir el aserto de Madariaga. Ya tendremos oportunidad de ver cómo Bolívar jamás pensó en

coronarse. Despreció a Iturbide porque lo hizo y, en todo momento, se mostró contrario a la idea de ceñirse una corona. El título de Libertador, que le habían otorgado los pueblos, fue siempre para Bolívar su mayor fimbria de gloria. Semejante título estaba por encima de cualquier otro que pudiera ofrecerle el mundo del halago o de la adulación.

En compañía del embajador español, Bolívar hizo una visita al Pontífice Pío VII. Según O'Leary, el joven americano se negó a besar la sandalia del Pontífice. Episodio sin importancia que todos los biógrafos del Libertador se complacen en repetir, pero del cual, según apunta Lecuna, no tenemos ningún documento.

Es probable, según refiere Boussingault en sus Memorias, que Bolívar hiciera una visita a Nápoles, no en 1804, como apunta el sabio francés, sino a fines de Agosto o a principios de Septiembre de 1805. En dicha oportunidad ascendería al Vesubio en compañía de Humboldt y el físico Gay-Lussac.

El regreso de Bolívar a París debió producirse a fines de 1805 o a principios del siguiente. En aquella ciudad habría de permanecer durante casi todo ese año.

En Octubre de 1806 sale para Hamburgo con el propósito de embarcarse para los Estados Unidos, donde permanece por espacio de varios meses. Visita varias ciudades de la floreciente nación, recién libertada por la espada de Washington a quien llama: "el Néstor de la Libertad". En 1807, no sabemos la fecha exacta, se embarca para Venezuela.

Habían pasado exactamente cuatro años desde que salió de su patria. Regresaba ahora, con mayor experiencia, mayor madurez y una conciencia más clara de su destino. Estaba en la mitad del camino de la vida. Los veinticuatro años que le quedan por vivir habrá de dedicarlos a la realización de una idea: el cumplimiento del juramento que hiciera en el Monte Sacro.

Pero aún no ha sonado la hora de poner en práctica ese solemne voto. Le quedan aún varios años de oscuridad que dedicará a las faenas agrícolas y al manejo de sus haciendas. Mientras tanto, en el ambiente irá madurando lentamente la conciencia de la emancipación. Y Simón Bolívar estará allí para cumplir ese juramento en la hora exacta que le marcara el destino.